CAPÍTULO VIII

HACIA EL INTERIOR

Encuentro colocación en un Banco del interior. — Jornada en ferrocarril. — Castlemaine. — Prosigo el viaje en coche. — Maryborough. — Primera vista de la selva. — Senderos en la selva. — Perspectiva del país durante la noche. — Llegada á mi destino.

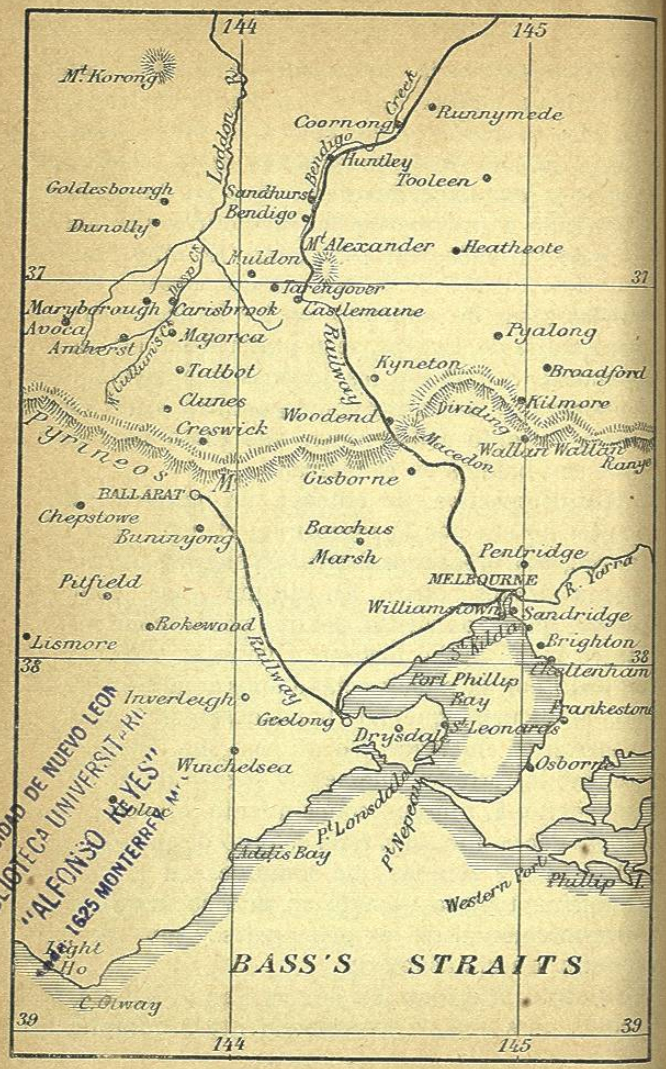
Hacía algunas semanas que estaba en Melbourne y hube de preguntarme: — Y después ¿qué? La vida era muy cara y estaba haciendo un importante drenaje en mi bolsillo. Podía optar entre volver á mi país ó permanecer en la colonia si encontraba colocación en que ocuparme provechosamente mientras tanto. Lo que no podía era seguir mucho tiempo ocioso, sin más ocupación que mis diversiones y mis visitas.

Tomé el partido de consultar al eminente médico Dr. Halford, quien encontró sanos mis pulmones; pero me recomendó que, dados los súbitos cambios de temperatura á que se está expuesto en Melbourne, volviese inmediatamente á mi país si quería consolidar los efectos benéficos del viaje, ó, en caso de quedarme, que me internase en el país al norte de la Cordillera Divisoria, donde la temperatura es más uniforme.

En consecuencia, determiné gestionar la obtención de un empleo fijo en la colonia, que me permitiese permanecer en ella más largo tiempo. Supe que muchos predecesores míos, menos jóvenes y más experimentados que yo, han estado llamando á las puertas de Melbourne por algún tiempo sin encontrar colocación. Es muy natural que los jóvenes de la colonia que desean entrar en las casas de comercio, en los Bancos ó en las sociedades de seguros, sean preferidos á los recién llegados; y por eso los jóvenes que vienen con la esperanza de entrar como pasantes en los escritorios, pronto comprenden que están de más y que son baldíos en el mercado.

La perspectiva de obtener un empleo semejante, no era por lo tanto muy risueña; sin embargo, era preciso probar y exponerme al fracaso como tantos otros. En último caso contaba con el billete de vuelta, del que podía echar mano. Pues bien; probé fortuna y volví á probar, y al fin salí con la mía, gracias á unos amables señores de Melbourne que tan bondadosamente se interesaron en mi favor. En mi caso, ha debido ayudarme la fortuna, pues estoy seguro de no deber mi éxito á ningún conocimiento especial. Sea como fuere, me sentí feliz cuando después de muchas idas y venidas, me comunicaron al fin que había una plaza vacante en una sucursal de un Banco colonial de los principales y que me ofrecían si quería aceptarla.

Acepté la colocación sin vacilar y dispuse mis cosas para entrar inmediatamente á cumplir los



Mapa del distrito aurífero de Victoria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

deberes de mi cargo. Por sabido que yo no conocía el país, ni dónde estaba situada la sucursal, sino que era lo que se llama un país minero, esto es, un país en que la rama principal de la industria es la busca del oro. Cuando expliqué á mis conocidos la ocupación que se me proponía y el país á donde había de ir, trataron de asustarme. Me pintaban un lugar remoto, con algunas chozas situadas sobre un cerro arenoso, rodeado de agujeros y de charcos cenagosos. — Llevará usted una vida miserable — decían ; — cuente usted con que no podrá soportarla y con estar de vuelta en Melbourne dentro de un mes, disgustado de su vida rural. — Bueno, veremos — les decía. — Estoy resuelto á probar fortuna, y en el peor caso, puedo volver á Inglaterra en el próximo buque de la *Money Wigram*.

Dos días después de mi nombramiento fuí á la calle de Spencer, estación del ferrocarril de Victoria, y tomé billete para Castlemaine, estación que dista unas 80 millas de Melbourne. Dos compañeros míos del *Yorkshire* estaban allí para verme partir, deseándome toda suerte de prosperidades. Otra despedida y ya estoy en marcha para el interior. ¿Qué aspecto tendrá? ¿Entre qué clase de gente iba á vivir? ¿ Cuáles serían mis próximas experiencias?

Nos alejábamos rápidamente por el terreno ligeramente ondulado y relativamente monótono que se encuentra al norte de Melbourne hasta llegar á la Cordillera Divisoria, cadena de montañas cubiertas de malezas, de un verde obscuro,

que separan Bourke del condado de Dalhousie, donde la escena viene á ser más variada é interesante.

En el coche del ferrocarril venía conmigo un muchacho de unos doce ó catorce años que, en seguida, me reconoció por un « new chum » (nuevo compañero), como llaman en la colonia á los recién llegados. Entablamos conversación, cuando supe que iba á Castlemaine, donde vivía. La describió como una gran ciudad rural que sólo cedía en habitantes á Ballarat y Melbourne. Pero pronto iba á ver la ciudad con mis propios ojos, pues estábamos ya cerca de ella; y al poco rato me apeaba en la estación de Castlemaine, desde donde hube de continuar en coche hacia mi destino.

La ciudad de Castlemaine no se parecía en nada á la descripción de mi compañero de viaje. Quizás por que esperaba demasiado, tuve un desengaño. La ciudad está edificada sobre un lugar que hizo furor en otro tiempo, llamado Selva de Creek. Encontróse oro en abundancia, y una vasta población fué atraída á los alrededores. Pero habiéndose descubierto otros yacimientos más ricos, la moda se fué á otra parte, dejando en pos de sí el montón de casas que ahora se llama Castlemaine (1). Tenía, sin embargo, pocas calles, y entre ellas ninguna realmente buena. Casi todas las casas son pequeñas y bajas; la mayor

(1) Antes de construirse el ferrocarril, la ciudad era un gran depósito de géneros que se mandaban á las excavaciones del interior.

parte son construcciones de un solo piso. Todo está tranquilo, el tráfico de la población es muy pequeño y las calles tienen el más desolado aspecto.

Los arrabales de la ciudad presentan un golpe de vista nuevo. Cubren el suelo, en todas direcciones, montoncillos de tierras arenosas, de color rojo claro, puestos unos junto á otros, casi en todo lo que alcanza la vista. El país entero parece haber sido revuelto, cavado profundamente y abandonado, aunque todavía observé alguno que otro charco de agua roja y turbia y algunos hombres que revolvían la tierra buscando oro entre las antiguas labores.

Me alojé en uno de los hoteles para aguardar allí, hasta media noche, la salida del carruaje. El lugar era muy melancólico, las calles eran muy melancólicas y también parecía que toda la gente se hubiese ido á la cama. Al fin transcurrieron las horas y el coche arrancó. Era un vehículo de raro aspecto, tirado por cuatro caballos. El cuerpo iba sencillamente suspendido sobre correas, sin muelle alguno. El carruaje no tenía postigos en sus ventanillas, haciendo sus veces unos delantales de cuero. El aspecto del carruaje parecía más bien duro que confortable para el viaje.

Al fin salimos á buen paso por una carretera pasablemente buena. Pronto, sin embargo, empezó el traqueteo, pues el carruaje se inclinaba á uno y otro lado. Sólo venía conmigo un pasajero, una mujer que estaba sentada delante de mí. Aguantábame tieso arrimado á las maderas del

carruaje, pero fueron vanos todos mis esfuerzos, pues más de una vez fuí arrojado sobre la falda de la señora. Ella parecía, sin embargo, tomarlo todo con la mayor indiferencia, como si se tratase de cosas naturales en un viaje.

Después de cambiar dos veces de caballos y de un nuevo y regular traqueteo, la carretera fué mejor y más lisa, y entonces observé afuera algunas señales de que nos acercábamos á una población importante. Me dijeron que era Maryborough, y poco después el coche paraba á la puerta de un hotel, donde me apeé. Era entre cuatro y cinco de la mañana, y así me acosté y eché un profundo sueño.

Me despertó un caballero joven que se me presentó como uno de mis futuros compañeros del Banco, á quien habían telegrafiado mi llegada. Después de tomar un buen desayuno, me asomé al mirador del hotel, y la calle Mayor de Maryborough se presentó á mi vista. Me pareció una ciudad linda y aseada. Las calles eran blancas y limpias; los comercios, abiertos ahora, eran de ladrillo unos y de madera otros. Había dos Bancos en la misma calle, uno de los cuales tenía un buen edificio. Todo presentaba un aspecto flamante, muy distinto del que tienen las rancias ciudades rurales de Inglaterra.

Se me había destinado á una población distante unas seis millas de Maryborough, y allí me llevó un carruaje por la tarde, lleno de sorpresa y curiosidad con respecto al lugar de mi destino. Al salir de Maryborough en campo abierto, me chocó

CAPILLA ALFONSINA

sobremanera el paisaje. Era la primera vez que me encontraba entre los árboles gomeros, que tan libremente crecen en las regiones de la Australia del Sur.

Hasta cierta distancia fuera de la ciudad, se pasa por una carretera de verdad á través de antiguas labores, como lo indican los repetidos agujeros y montones de cascajo que se encuentran por allí. Más lejos sólo se encuentran senderos endurecidos por entre árboles y matorrales, y cada cochero escoge el suyo. Cuando vienen á ser impracticables y los surcos son demasiado profundos, se escoge otro. Algunos de esos viejos surcos tienen un aspecto realmente feo. De vez en cuando pasamos junto á la cerca de un jardín; pero no hay aldea alguna á la vista. Los árboles obscuros tienen un aspecto desolado; las puntiagudas hojas apenas alcanzan á cubrirlos. Hasta los zarzales que crecen á ambos lados del camino extienden sus ramas largas y sin hojas; sin embargo, debe recordarse que en Australia estamos en invierno.

Al fin llegamos á lo alto de una colina, desde donde se goza de un buen golpe de vista sobre las tierras del otro lado. Conservo un vivo recuerdo de mi primera ojeada sobre ese paisaje que más tarde debía serme tan familiar. Los árboles, de un verde obscuro, se extendían hacia abajo por el valle y cubrían el suelo ondulado que se encuentra á la derecha. Luego, en la región más verde y lisa de enfrente, semejaba extenderse una especie de línea blanquecina, algo

que no pude enteramente definir. Al principio pensé que debía ser una ciudad distante con sus grandes casas blancas. En la neblina del crepúsculo, no pude discernir entonces que eran montones de tierra de pipa lo que á mí se me antojaban casas. Más allá, y detrás de todo, había un fondo de obscuras colinas que se desvanecían á lo lejos. Aunque estábamos en invierno, la atmósfera era clara y transparente, y el cielo azul presentaba la mácula de deshilachadas nubes.

Pero pronto perdimos de vista las lejanías rodando hacia abajo de la colina, envueltos por el polvo. Encontramos otra sección de carretera, lo cual nos indica que nos acercamos á una ciudad; y, en efecto, pronto llegamos á una población pequeña junto á un arroyo. Pasamos al pie de un cobertizo en que funcionan pilones movidos al vapor : es un molino de cuarzo; luego pasamos una herrería, después un hotel y otras casas por último. Supuse que ésta sería mi localidad; pero no lo era. El cochero se aparta bruscamente de la carretera y desciende al arroyo. Bajamos la pendiente por un lado y la subimos por el otro con un tremendo arranque en que nuestro calesín se inclina penosamente hacia un costado. Otra vez marchamos por una llanura cavernosa, teniendo cuidado de evitar los troncos de los árboles y los malos pasos. Ahora pasamos entre los escombros que recuerdan las excavaciones abandonadas.

Otro corto trecho de carretera y estamos en la ciudad. Hace bastante claro todavía para que

CAPILLA ALFONSINA

pueda leer : « Cámaras del Consejo », sobre la puerta de una casa de madera pintada de blanco, alta de un solo piso y con apariencia de cabaña. En lo alto de la calle, pasadas las tiendas con sus grandes muestras de cañamazo, llegamos al fin junto á una casa de madera y de un solo piso, con tejado de hierro y un gran mirador que se destaca de la fachada, proyectándose sobre la acera. El rótulo de encima de la puerta me dice que éste es el Banco. He llegado á mi destino, y heme aquí apeado, sano y salvo, en la ciudad de Mallorca.